



JUEGOS DE INGENIO

Soluciones á los juegos del número 6

CHARADA.—Vapor.

JUEGO DE DAMAS:

R A C M O S
A X A A R A
C A R A C O L
A S A
M A C A S A R
O R O A T A
S A L R A S

JEROGLÍFICO.—Pepe ha partido.

TRIÁNGULO NUMÉRICO.—Independiente.

ACERTIJO.—Que van á todo trapo.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Igual género, igual medida.

Acertijo gramatical

A veces del queso
la superficie encarnada,
por que no ratones
lo que he de comer mañana,
pues no sólo
lo que la pintura mancha,
sino que acaso
lo que la pintura guarda.

Substituir los puntos por los tiempos del verbo *raer* que piden los versos.

Jeroglíficos comprimidos

I

VIRTUD VIRTUD
V I D A

II

ya Caín
ya Abel
A muertos Tobías
Luzbel

Charadas

I

Pueblo *una-dos*, flor *dos-prima*,
y las frutas de mi *toda*
al menos listo dan grima.

II

— ¡*Prima-tres*, baja pronto la *dos-tercia*,
y que *dos-prima* venga con nosotros!
— ¡Mañicas, vamos de merienda al Cristo,
que los *carneles* llaman de mi *toda*!

Jeroglífico



Semblanza

¿En qué se parece el tren á una manzana?

Adverencias

JUVENTUD ILUSTRADA, que consta de veinte páginas, y regala además en cada número cuatro de folletín encuadernable, se publica los sábados, y se vende en todas las librerías, kioscos y puestos de periódicos de España, siendo su precio

20 céntimos número suelto, corriente ó atrasado

y por subscripción, en toda España, *Pesetas 2'50 trimestre (13 números) servido á domicilio.*

Portugal y Gibraltar, 3 pesetas trimestre. En los demás países, 4 francos, pudiendo hacerse el pago en letra ó cheque á la orden de don Antonio Virgili, S. en C., en valores declarados ó sobre-monederó.—En América fijan el precio los señores Corresponsales.

JUVENTUD ILUSTRADA admite colaboración, pero abona sólo los trabajos artísticos ó literarios que expresamente solicite.

=Todos los ejemplares de JUVENTUD ILUSTRADA van numerados, y al poseedor del que contenga igual número al del premio mayor del último sorteo de la Lotería Nacional del mes corriente se le REGALARÁN

CIENTO VEINTICINCO PESETAS

á la presentación del número agraciado en nuestras oficinas: Rosellón, 208, Barcelona.

Como la numeración de nuestro periódico, una vez llegada al número de billetes de la Lotería Nacional, vuelve á repetirse cuantas veces sea necesario, bien puede asegurarse que, en vista de la favorable acogida que el público nos dispensa, durante el transcurso del mes se repetirá la numeración lo menos cuatro veces, por lo cual son

QUINIENTAS PESETAS

cuando menos lo que cada mes regalamos á nuestros lectores.

=JUVENTUD ILUSTRADA adjudica semanalmente á sus lectores, en sus concursos de ingenio,

50 magníficos y positivos premios.

REVISTA SEMANAL
REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN
Y IMPRENTA: ROSELLÓN, 208

ILUSTRADA



Nuestros estudiantes

Primeros premios y matrículas de honor

El pararrayos

PAPÁ! ¡papá!—gritaba gozoso Alfredo de regreso del colegio, agitando un papel en su diestra en el cual se veían algunos garrapatos. —¿Qué tienes?... ¿qué te pasa?... ¿por qué entras chillando?

—Porque ya sé lo que es el pararrayos que ofreciste explicarme hace unos días.

—¡Ah! ¿Conque lo sabes?... ¡Cuánto me alegro!... Y dime, dime: ¿cómo es?

—No sé si me acordaré bien de lo que nos ha explicado don Buenaventura, pero...

—Pues debes procurar recordarlo, fijándote en lo que estudias y en lo que te enseñan. No

olvides que la aplicación y aun el talento sin memoria y sin retentiva, son cualidades hasta cierto punto negativas, pues de nada te ha de servir leer y recibir lecciones de muchas cosas si no procuras retenerlas en la memoria, que es la única manera de sacar provecho de ellas. En fin: vamos a ver tu dichoso pararrayos.

—En primer lugar... ¡mira este dibujo!—y el muchachete extendió sobre la mesa un pliego de papel.

—¡Caracoles!... ¿Y lo has dibujado tú? ¡Pues eres todo un artista!

—¡No te burles, papá! Y así que está mal, pero da idea de lo que voy a explicar.

—Veamos, —dijo el padre.

—En primer lugar, dejemos sentado que todos los cuerpos se hallan saturados de fluido eléctrico en mayor ó menor cantidad.

—Perfectamente.

—Sabido que el rayo y la acumulación de fluido eléctrico son la misma cosa, claro está que la electricidad de que están cargadas las nubes ha de elegir entre todos los cuerpos aquellos que, por su forma y por la materia de que están compuestos, sean mejores conductores, y ya sabemos también que el hierro es un conductor excelente como todos los metales. Luego colocando encima de los edificios una barra de hierro de forma cónica, de diez metros de largo poco más ó menos, terminada por una punta de platino...

—¡Oye, oye!... ¿Y para qué el platino que dices?

—Por su mucha dureza y para evitar que se oxide el extremo superior de la barra con la humedad del aire, como sucedería siendo de hierro, porque ya sabemos que los óxidos metálicos son malos conductores de la electricidad...—replicó el chiquito con cierto énfasis.

—Prosigue,—agregó el padre conteniendo la risa á duras penas.

—Colocando una barra de hierro, repito, sujeta al armazón del edificio, y poniendo esta barra en comunicación con el suelo por medio de un cable metálico, los rayos penetran por la

punta de la barra y van á parar á los quintos infiernos... ¿Eh? ¿Qué te parece?

—Que tu descripción es incompleta; que falta algo.

—Pues... ¡no recuerdo más!—dijo el niño después de recapacitar un momento. —Ni debe haber más, papá. ¡Fíjate en el dibujo!

—Lo he visto ya, y lo que falta á tu explicación voy á enseñártelo yo. Escucha atento. Realmente, esas son las piezas de que se compone un pararrayos, pero te ha faltado agregar que la cadena va á parar al fondo de un hoyo que se rellena con agua y cisco de tahona, lo cual facilita mucho la conducción del rayo. Ahora bien: el vulgo imagina que los pararrayos se instalan con el objeto exclusivo de que en él caigan las chispas eléctricas.

—¿Y no es así?

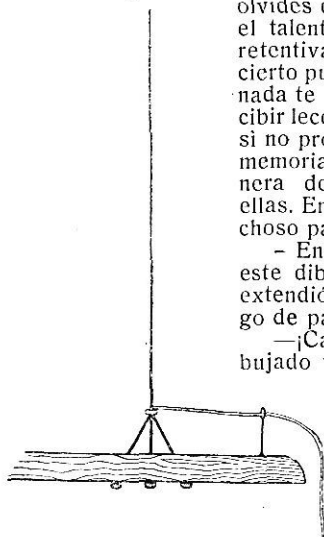
—No, hijo mío, porque la electricidad que se marcha lentamente y sin explosión por los conductores cuando éstos terminan en punta, si se acumula en cuerpos que no tengan estas condiciones, estalla con violencia, que es precisamente lo que se trata de evitar con los pararrayos, facilitando el desprendimiento de esas chispas, consecuencia de una gran cantidad de fluido eléctrico acumulado en las nubes, y que por medio de esa varilla va marchándose continua y paulatinamente á la tierra, con la cual está en comunicación por medio de la cadena. Su acción, por lo tanto, queda reducida á neutralizar la electricidad de que está cargada la nube y facilitar el que las chispas eléctricas lleguen al centro de la tierra sin causar daños. Otro de los puntos que sin duda ignoras, es que el pararrayos protege un radio doble del largo de su barra.

—¿Cómo doble?

—Sí; suponiendo que la barra tenga 10 metros de largo, su acción protectora se extenderá á 20 metros en derredor pues neutraliza el fluido que se acumula en esa extensión.

—¿Quién inventó ese aparato tan sencillo y tan práctico á la vez, papá?

—Franklin fué el primero á quien se le ocurrió que el fluido eléctrico y el rayo podían ser una misma cosa; así lo expuso, y varios sabios establecieron algunas barras de hie-



rró en sus viviendas para estudiar el fenómeno. Entre ellos un ruso apellidado Richmann, el cual, con objeto de observar en un día de tormenta la cantidad de fluido eléctrico que escapándose de las nubes se acumulaba en la barra de hierro que iba á parar á su despacho, aproximóse demasiado á ella y cayó muerto instantáneamente. Esto ocurrió en 1753.

—¡Pobre señor!

—¡Pobre, sí! Richmann fué una de las muchas víctimas de la ciencia, pero no creas que esto desanimó á Franklin, Buffon y Dalivart, que perseguían con avidez el descubrimiento iniciado por el primero, sino que, conviniendo en que esta teoría era una realidad, y viendo que las barras de hierro ofrecían limitado campo á sus experimentos, elevaron cometas que

tenían una punta ó espolón de hierro, tejiendo la cuerda que servía para elevarlas con bramante y delgado alambre de cobre; y Romas de Nerac, en Francia, logró con una de ellas arrancar á las nubes fuertes corrientes eléctricas, que al estallar en un cilindro de hierro sujeto al extremo de la cuerda de la cometa, donde se iban acumulando, producía detonaciones y chispas que cada vez aumentaban en intensidad.

La prueba era concluyente.

El pararrayos estaba descubierto.

Y ahora, y para terminar, acuérdate de que en el campo, en días de tempestad, debe huirse de los árboles, y que un simple paraguas, estando con él abierto debajo de la nube, puede atraer el rayo y causar la muerte ó la ceguera de quien lo use.

A. PALLAVICINI

El día de Reyes de un rey

CUENTO

ERASE un niño que nació ya rey, por su suerte ó su desgracia, pues hay desgracias que parecen suertes, y viceversa. Murió su padre cuando faltaban dos meses para que él viniese al mundo, y como era hijo único, perteneciale, desde antes de nacer, el trono que quedó vacante. ¿Os parece envidiable su fortuna? Pues seguid leyendo, y acaso os convenzáis de lo contrario.

Desde que el niño rey tuvo uso de razón, vióse rodeado de las atenciones y solicitudes que merece el monarca de un Estado poderoso. Sabios doctores cuidaban de la conservación de su preciosa salud, regulando sus comidas, sus paseos, sus juegos, sus diversiones. Hombres eminentes en todas las ciencias, enseñábanle muchas cosas: Historia, Geografía, Matemáticas... cuanto conviene saber para abrir y dilatar los horizontes al entendimiento humano; pero ninguno de aquellos hombres, con ser tan sabios maestros, enseñábanle la ciencia que más precisa conocer: la ciencia de la vida, cuyos fundamentos son la modestia, la indulgencia y la igualdad. Cortesanos aduladores inclinaban la frente ante él, y personajes de los más ilustres quemaban á sus pies el envenenador incienso de la lisonja, despertando su vanidad; pero en cambio no sabía casi lo que son el afecto y las caricias; su madre misma tenía que sacrificar á veces el natural deseo de darle un beso, por impedirlo la ceremoniosa etiqueta palaciega.

Y así fué creciendo el reyecito, como planta en estufa, privada de sol, de luz y de aire; triste y solo en su grandeza; sin amistades ni afectos; pensando erróneamente: «soy superior á mis semejantes.» ¡Pobres reyes los que, deslumbrados por su propio poder, ignoran ó llegan á olvidar que ante todo y sobre todo son hombres!

* * *

Contaba nuestro niño nueve años de edad, cuando un día, cercana ya la fiesta de los Santos Reyes, paseando por sus jardines, oyó

casualmente la conversación de dos chiquillos, hijos de humildes servidores de palacio.

—Yo he escrito ya mi carta para los señores Reyes,—decía uno de ellos,—pidiéndoles que me traigan un caballo y un tambor.

—Pues yo también he escrito,—contestó el otro,—pidiendo una escopeta y una pelota.

Escuchóles atento y sorprendido el rey, sin



ser visto por ellos, y fué al punto en busca de uno de sus ayos, para preguntarle qué significaba aquello que no comprendía.

El ayo explicóle la infantil leyenda, según la

cual, los Reyes Magos, en la noche anterior á su festividad, dejan como obsequio juguetes á los niños buenos, que ponen uno de sus zapa-
titos en el balcón.

El reyecito sintió el pinchazo del aguijón de un deseo, de un capricho, y desde entonces viósele preocupado, como si una idea fija le atormentara. No comunicó á nadie sus pensamientos, y la noche del día anterior al de Reyes, cuando los que le acostaron retiráronse creyéndole dormido, levantóse con tiento, abrió el balcón de su lujosa estancia y puso en él uno de sus zapatos, diciendo:

—También yo quiero que los Santos Reyes me regalen, y como soy rey, mi regalo será mejor que el de todos.

Casi no durmió aquella noche, dominado por la ansiedad y la impaciencia, y á la mañana siguiente muy temprano levantóse, corrió al balcón y... ¡qué desencanto! Su zapato permanecía solitario sobre la repisa de piedra. ¡Ni un juguete! ¡Los Santos Reyes no se habían acordado de él!

Rompió á llorar. ¡Eran las primeras lágrimas que arrancaban á sus ojos la contrariedad y el dolor! Contrastando con sus sollozos, oyó sobre su cabeza alegres risas; miró hacia arriba, y en las ventanas de las buhardillas del palacio vió á los hijos de sus humildes servidores que recogían alegres y dichosos los modestos juguetes que los Reyes Magos les habían dejado junto á sus zapatos toscos y rotos. Les tuvo envidia, y pensó con amargura: «no soy superior á ellos, como creía, puesto que ellos son más felices que yo.»

Los que le sorprendieron llorando, preguntáronle la causa de sus lágrimas, y para tranquilizarle dijéronle:

—No son los Reyes Magos los que dejan juguetes á los niños, sino los parientes de éstos, que se valen de esa piadosa superchería para obsequiarles.

A lo que él respondió, redoblando su llanto: —Pues entonces, yo, con todo y ser rey, no tengo parientes que me quieran como á ellos los quieren los suyos.

Ordenó que llamasen á los hijos de sus servidores, y los recibió en su cuarto, diciéndoles:

—¡Perdonadme! Os creía inferiores á mí, y acabo de convencerme de que no lo sois. A mí me deparó el destino grandeza, que no es el mejor de los dones de la suerte; á vosotros os deparó alegría, y váyase lo uno por lo otro. Somos iguales. ¿Queréis ser mis amigos?

Los abrazó, los besó, jugó con sus pobres juguetes, les regaló parte de los suyos, ricos y lindos, y dejó de llorar para reír, como si al fin hubiese encontrado el camino de la dicha.

Cuando más tarde la corte se presentó á ofrecerle sus respetos, en atención á la solemnidad del día, dijo á los aduladores que le rodeaban:

—Puse anoche también mi zapato en el balcón, como el hijo del último de mis vasallos, y los Santos Reyes Magos obsequiáronme con un presente digno de ellos y de mí; dejáronme como presente la humildad, necesaria á todos los hombres, aunque sean reyes.

Según cuentan las crónicas, el reyecito, protagonista de nuestra historia, llegó á ser un monarca sabio, justiciero, prudente y magnánimo, que supo cumplir sus deberes de rey, haciendo la felicidad de su pueblo.

ANTONIO CONTRERAS

Cacerías extraordinarias

EN los extensos bosques africanos se encuentran aún bestias feroces é infinitas clases de aves que no han visto jamás la presencia del hombre.

Los cuadrúpedos de las grandes Indias son el tigre, el leopardo, el oso, el elefante, el jaguar, la hiena, el perro salvaje y otros muchos, entre los cuales descuella en primera línea el león, el rey de las selvas, á cuya caza vamos á asistir si queréis leer conmigo algunos retazos de las *Memorias* de un cazador de fieras.

Los terribles destrozos,—empieza diciendo,—que causan los leones en sus rebaños, ha obligado á los árabes á tomar medidas para protegerlos.

Y como la experiencia les ha enseñado que el fusil,—por su poca destreza en manejarlo,—era un medio de destrucción más peligroso para ellos que para las fieras, oponen la astucia á la audacia de este animal, que, por un exceso de confianza en su poder, da con frecuencia en los lazos que se le tienden. Verdad es que el fusil viene siempre en auxilio de la trampa; pero es ya cuando el león no puede hacer daño á sus enemigos, los cuales se entretienen entonces en acribillar su cuerpo á balazos.

Antes de hablar de las tribus que de vez en

cundo matan un león batiéndose cuerpo á cuerpo, y de la manera que se preparan para la lucha, creo indispensable dar á conocer los medios que emplean para destruirlos, y con los cuales no corren ningún peligro.

A principios de invierno, las tribus necesitan indispensablemente acercarse á las montañas, tanto para abrigar á sus rebaños como para proveerse de leña.

Esta es la época en que los leones, cuyo apetito se excita con el frío, comen abundantemente á expensas de todos.

Por esta razón, en las comarcas donde habita ordinariamente el animal destructor, los árabes construyen un foso de diez metros de profundidad sobre cuatro ó cinco de anchura, más estrecho en la boca que en su base.

Este foso se abre en el sitio que el aduar ocupa durante el invierno, y las tiendas se plantan al rededor de él.

El foso, rodeado exteriormente de un seto de dos ó tres metros de altura, formado con troncos de árboles, no se ve, mirado desde la parte exterior.

El león, llega cerca del aduar; oye los balidos y percibe las emanaciones del rebaño del cual sólo le separan algunos metros, y entonces

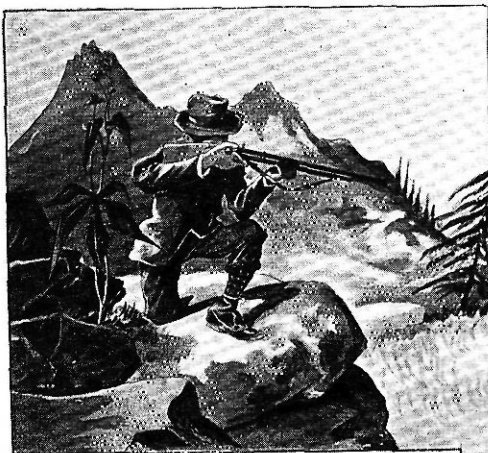
salta y cae, rugiendo de cólera, dentro del foso, y este animal, cuyos imponentes rugidos hacen temblar la llanura y la montaña, muere miserablemente asesinado.

Ordinariamente, cuando el león ha recibido diez ó doce balas sin moverse y sin quejarse, levanta majestuosamente la cabeza para arrojar una mirada de desprecio á los árabes que le han tirado últimamente, y entonces se echa para morir.

Después del foso viene el acecho ó *melbeda*, cuyo verdadero significado es «escondite».

Esta manera de cazar el león es de dos suertes: el acecho bajo tierra ó el acecho desde lo alto de un árbol.

Para el primero, se practica un agujero de



un metro de profundidad sobre tres ó cuatro de longitud. Después de haberlo cubierto de troncos de árbol cargados de grandes piedras, se echa encima toda la tierra que se ha sacado del hoyo. En un lado se hacen cuatro ó cinco aspilleras para los tiradores, dejando en el opuesto una pequeña abertura que sirve de puerta, y que se cierra por dentro por medio de una roca de peso proporcionado. Estos acechos se construyen en la orilla de un sendero habitualmente frecuentado por el león.

Como sería difícil apuntar al animal si no se detuviese en un punto determinado, los árabes acostumbran á poner en el camino, delante de las aspilleras, un jabalí muerto con este objeto. Cuando el león se detiene para oler el animal que sirve de cebo, los árabes escondidos le hacen una descarga.

Cuando en febrero de 18... fuí llamado por los Ouled-Cessi para cazar dos leones que se habían establecido en su territorio, tuve ocasión de hacer estas curiosas observaciones.

Inmenso fué mi asombro cuando el día destinado para la batida me hallé en un sitio del bosque, rodeado por gran número de árabes armados de carabinas.

Aun cuando de antemano había resuelto no aceptar el concurso de los Ouled-Cessi en el ataque, me alegré de que fuesen testigos del drama que se iba á desarrollar dentro de poco. Quise hacerles ver lo que puede la voluntad de

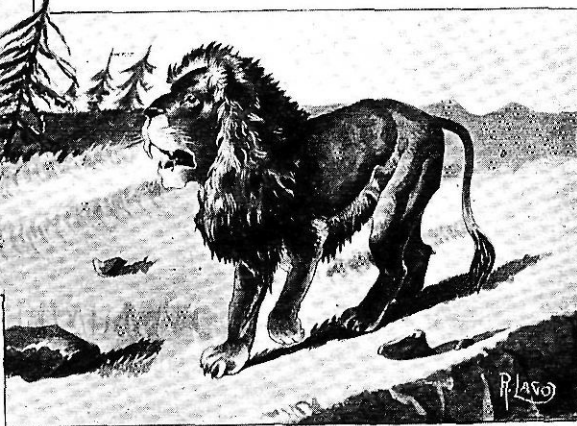
un *perro cristiano*, como ellos nos llaman. En seguida, y sin perder de vista á los dos leones, invité á un pobre diablo á que permaneciese á mi lado para que me tuviera preparada mi segunda carabina.

En aquel momento un rugido formidable hizo que aquellos hombres se replegaran.

Apenas los árabes se habían colocado en el puesto de observación que les designara, cuando un león, saliendo del bosque, vino en derecha á mí; el otro le seguía á unos cincuenta pasos.

Desde el primer momento habíame sentado en una roca que dominaba el claro del bosque, y á la cual se subía por una escalinata formada por varias grietas.

El árabe permanecía á mi lado sin temblar. Era un muchacho joven, pero muy sereno. Cogi mi carabina predilecta y la preparé, haciendo lo mismo con la de reserva de un cañón que dejé en sus manos después de encargarle que me la diese en el momento en que hubiese disparado mis dos tiros.



El primer león se detuvo después de haber saltado sobre las gradas inferiores de la roca, iba yo á disparar, cuando el animal se volvió á mirar á su compañero.

Este movimiento me descubrió perfectamente su paletilla derecha, y no vacilé en hacer fuego.

Al tiro, el animal cayó arrojando un terrible rugido, hizo un esfuerzo para levantarse, pero volvió á caer. Le había roto las paletillas.

El segundo león estaba ya al pie de la roca con el hocico levantado; apunté, y recibí el primer tiro en medio del lomo, un poco más atrás de la paletilla, y á pocos pasos de su compañero. El animal cayó de hocicos, pero volvió á levantarse, y dando un salto enorme vino á caer sobre la misma roca en que yo me encontraba.

Coger la carabina de las manos del asustado árabe, dirigir su boca á la sien del león, disparar y dejarle frío á cuatro pasos, todo esto se verificó en menos tiempo que se invierte en decirlo.

El primer animal recibió en seguida el golpe de gracia, y todo quedó concluido.

PEDRO FALL ALÓRDA

El niño sabio

A mí, Dios me dé niños que sean niños. Quiero decir que se me ponen de pie en el estómago esas criaturas precoces que, en vez de dedicarse á los juegos propios de la edad, hacen ostentación de sus conocimientos, toman parte en las conversaciones de las personas serias y discuten lo divino y lo humano.



No hay cosa más ridícula que oír á un muñeco dándose las de sabio, como le pasa al niño de Camarón, mi vecino. Camarón, á fuerza de hacer economías y de vender ladrillo picado, haciéndolo pasar por chocolate, consiguió reunir un

capitalito que le permite comer sin trabajar. El cielo le concedió un niño, que parece una lombriz, y la mamá quiso que la criatura recibiese una educación esmeradísima para hacer de él una lumbrera.

—¿No sería mejor que dedicásemos al niño á la fabricación de chocolate?—había dicho el papá muy cuerdamente.

—De ningún modo,—contestó ella.—Yo quiero que nuestro hijo brille. Me he cansado de vivir envuelta en la prosa de la chocolatería.

Y cuando no había cumplido aún los tres años la pobre criatura, ya le estaban metiendo en la cabeza la gramática y la geometría y la aritmética y otra porción de zarandajas.

El caso fué que al niño le alejaron de los juegos propios de la infancia, y hoy, que tiene doce años y medio, parece un profesor de Instituto recortado por abajo. El entiende de todo: de ciencias, de religión, de socialismo, de política; y á los papás se les cae la baba oyéndole disertar sobre todo aquello que ellos desconocen. Vifredito,—porque el muchacho se llama Vifredo,—lleva en la casa la voz cantante y es quien aconseja lo que se ha de hacer y quien gobierna en absoluto.

A Camarón le gusta con delirio el *ali-oli*, porque tiene un tío catalán que se lo enseñó á hacer, pero ha renunciado á comerlo, en vista de que Vifredito es enemigo personal del ajo.

—¡Parece mentira que esto guste á las personas ilustradas! ¿Qué es el ajo? Una legumbre ostensiblemente repugnante, si que también mal oliente,—exclama Vifredo elevando los ojos al espacio.

El padre, por no contrariar á aquel sér superior que la Providencia le ha otorgado en

clase de hijo, renuncia á comer el *ali-oli*, y si alguna vez se atreve á probarlo, realiza esta operación en la cocina, diciendo antes á la doméstica:

—Isidora, ponte de guardia en el pasillo, y si ves venir á Vifredo, avísame inmediatamente. No quiero que me sorprenda en una operación tan ordinaria.

Camarón es persona de pocas luces naturales y además se le nota que ha descuidado su instrucción; de modo que suele cometer algunas faltillas cuando habla, y á lo mejor dice en la mesa:

—¿No os parece que esta sopa *necesita* sal?

—¡Papá, por Dios!—exclama Vifredo.—Fíjate en el lenguaje; no se dice *necesita*.

—¿Pues cómo es?

—*Necesita*. Algunas veces me avergüenzo de pertenecer á vuestra raza.

—Tiene razón el chico,—añade la mamá dirigiendo miradas de odio á su consorte.—No te fijas en lo que hablas y nos pones en *redicolo*.

—*Ridículo*,—corrige Vifredo.

—Ahora eres tú la que no sabe hablar,—dice Camarón con cierto regocijo.

El muchacho llega á inspirar á sus padres verdadero respeto y procuran darle gusto en todo, porque es lo que dice Camarón:

—¡Mentira parece que de unos miseros chocolateros haya salido este sér tan importante!

—Ya cuando mamaba comencé á notar todo lo que valía,—agregó la madre.—Muchas veces dejaba el pecho y se ponía á meditar como una persona mayor.

—Yo creo que si sigue así llegará á ministro,—afirma el esposo.

—Eso puedes tenerlo por seguro.

En su afán de que el niño luzca su talento, Camarón le lleva á todas partes, especialmente al café, donde se reúnen varios amigos suyos retirados del comercio, y allí Vifredito perora que es un primor.

—Pues, si señor,—dice uno,—el ministro de Hacienda tiene el proyecto de rebajar el arancel sobre las lanas.



—Eso es lo que conviene al país,—añade otro.

—Permítanme ustedes que disienta de la opinión aquí sustentada,—replica Vifredo.—El ministro no sabe lo que se pesca en esta ocasión. Las lanas, como materia prima, deben

quedar exentas de todo derecho. *Entiendo yo...*

Los circunstantes le escuchan con cierto interés, porque han oído decir á Camarón que el chico es un genio: sólo hay uno llamado Chamorro, ex vinatero, hombre de malas pulgas, que mira á Vifredo con horror y dice al oído de su colateral:

—El día menos pensado, cojo á este chicuelo por las piernas y le tiro por el balcón. ¿Hase visto cosa más antipática? Si yo tuviese un hijo así, ya le hubiera reforcido el pescuezo.

Creo que tiene razón Chamorro. No hay nada más ridículo que un niño sabio.

LUIS TABOADA

Imprudencias infantiles

EL pobre Pablito, el sobrino de don Buenaventura, está enfermo.

Todas las tardes acuden á la casa ininidad de chicos, porque Pablito es querido de todos, y les ha alarmado el período de gravedad en que se vió, y que ha pasado, afortunadamente.

—Y todo por una imprudencia del muchacho,—decía el maestro á cuantos fueron aquella tarde á enterarse del estado de Pablito.—¿A quién se le ocurre echar á correr, jugando á los caballos, con un lapicero puesto de punta en la boca y llevando las manos sujetas...

—¿Cómo sujetas?—objetó uno.

—¡Sí, señor, sujetas!... El figuraba ser el caballo, y, como es consiguiente, estaba agarrado á las correas que tenía en la mano su primo Pepe que hacía de mayoral, y que iba detrás de él chascando el látigo. Salen corriendo, tropieza, cae de bruces; da de narices contra el suelo y se clava el lapicero en el paladar.

—¡Jesús, Dios mío!—fué la exclamación general de aquellas buenas gentes.

—Y gracias que el lapicero era corto, si no con la mayor facilidad podía haberle causado la muerte, pues si en vez del lapicero hubiese sido una caña...

—¡El demonio son estos chicos!—gimió doña Dorotea entre severa y dolorida.

—¡Mire usted que por una imprudencia semejante, estar á dos dedos de tener que lamentar una desgracia...!—añadió doña Pilar.

—Y este chico nos dará un disgusto como no se enmiende,—dijo el maestro,—porque tiene la constante manía de llevarse á la boca todo lo que cogen sus manos. Y no será porque á él y á todos mis discípulos no les advierta lo peligroso de semejante pernicioso costumbre. En cuanto pilla cinco céntimos, á la boca con ellos, sin advertir que las monedas están llenas de microbios y suciedades que pueden ocasionar trastornos en la salud... Porque... ¡vaya usted á saber por qué manos ha pasado una moneda que puede haberse dado de limosna á un leproso, y á qué sitios habrá ido á parar, focos de infección todos ellos, antes de llegar á sus manos!... Eso, aparte del verdeté ó cardenillo que con la humedad se forma en todos los metales. No lo dude usted, doña Pilar; muchas inflamaciones de la boca, de las encías, y aun muchas anginas en los niños, son producidas por la maldita costumbre de meterse en la boca cuerpos extraños.

—¡Eh! ¿Qué es eso?—exclamó riendo con su eterna *bontontie* don Angel, el médico, que venía á ver al pequeño enfermo y entró á punto de oír las últimas palabras del maestro;—¿es que se ha propuesto usted robarme la clientela abriendo una nueva clínica? ¡Pues avise con tiempo para dejarle libre la titular!...

—Estaba hablando de la perniciosa costumbre que tienen todos los chicos de meterse en la boca cuanto hallan á mano.

—Y que será poco cuanto se haga para procurar quitarles ese peligroso vicio,—añadió el médico arrimándose al brasero, agarrando la badila y *dándole un palico á la burra*, que en los pueblos de Aragón es tanto como *echar una firma*.—No son pocos los casos en que he tenido que practicar la traqueotomía para extraer un cuerpo extraño de la garganta de alguno de esos diablillos y evitar la asfixia, y en algunos de ellos he llegado tarde.

Los botones, las cuentas, las bolitas y cuerpos parecidos, se deslizan muy fácilmente, ganan mejor la entrada de la laringe y provocan no pocas veces fenómenos asfícticos que obligan á la dolorosa operación que he dicho.

No hace mucho tiempo que un chico de Bárboles, soplando en una trompeta, y con objeto de tomar más aire, á una fuerte aspiración se tragó la lengüeta del juguete y murió asfixiado por ella, pues se implantó en el tubo respiratorio, y cuando me llamaron, era ya tarde.

Los palos, varillas y cuerpos alargados, por su tamaño no son susceptibles de ser aspirados hacia regiones tan importantes para la vida, pero como en el caso de Pablito, producen daños, dolores y heridas que asustan por la hemorragia que causan ó por los chillidos que arrancan al paciente.

—Pero en nuestro niño no tendrá eso consecuencias graves, ¿no es verdad, doctor?

—Si el cuerpo que causó la herida de Pablito hubiese sido más largo y más duro, podía haberle ocasionado la muerte. Afortunadamente no ha sido así. ¡Ea,—añadió levantándose y después de inspeccionar al muchacho:—eso pasó ya! Que se levante mañana y que le aproveche la lección. Y vosotros,—dijo dirigiéndose á los demás chiquillos que allí había,—escarmentad en cabeza ajena, pues por su imprudencia ha estado á dos dedos de la muerte.

—¿Nos deja usted ya, don Angel?

—Sí, hijos míos. Me espera en Barrio Verde otro caso parecido á este, pero más peligroso, pues se trata de una niña que se ha tragado un grueso alfiler y temo complicaciones graves.

—¡Mire usted que con estos chicos está una siempre con el alma en un hilo!

—¡Ea, adiós!—dijo el médico, y se marchó después de saludar á todos.

—¡Oye, Dorotea!—dijo don Buenaventura.—Que tú no eres tan niña, y al tender la ropa, andas siempre con alfileres entre los labios.

—Descuida,—respondió la buena señora;—he oído cuanto ha dicho don Angel, y te aseguro que su advertencia no ha caído en saco roto.

A. D'OLLARPA



JOYAS ARTÍSTICAS

A la guerra

Pla y Rubió

Narradores de cuentos

POR consejo de los más sabios pedagogos ingleses, se ha establecido en Londres una Academia ó escuela en que se enseña á narrar cuentos instructivos.

La experiencia ha demostrado que los conocimientos científicos más complejos y las más delicadas nociones morales, se graban indeleblemente en las imaginaciones jóvenes, cuando se les da forma narrativa y á veces novelesca en apariencia, pues repercuten en la imaginación y en los sentidos, y se ha hecho de ello un completo y novísimo sistema de educación é instrucción á la par.

Y este es el sistema que hemos adoptado en las columnas de JUVENTUD ILUSTRADA.

Que insensiblemente se recuerde, por los incidentes con que la narración se adorne, lo práctico y útil que contengan sus trabajos, pues si bien sólo ideas generales pueden darse de algunas materias, han de bastar ellas á nuestros jóvenes lectores para darse cuenta de infinitos problemas científicos que sólo de nombre conocen.

Mil. Stuart, que es una de las profesoras más distinguidas de dicha Academia, logra con sus cuentos dar á sus discípulos una idea completa de la Historia Universal, dando preferencia á las narraciones histórico-aneecdóticas de cada época en una de las secciones, y en las restantes cuantas nociones de conocimientos útiles pueden ser necesarias en la vida social ó de relación.

¿No podría hacerse algo semejante en nuestras escuelas de primera enseñanza?

Esta es la primordial idea que nos impulsó á la publicación de JUVENTUD ILUSTRADA, y

atendiendo á ella, pueden hacer uso de nuestros trabajos todos los profesores de enseñanza, si es que los consideran dignos de tal distinción y útiles para este objeto.

Advertencia importante

*En los concursos que publique JUVENTUD ILUSTRADA, algunos habrá que forzosamente tendrán que cortarse; no obstante, en todos aquellos en que de ello se pueda prescindir, ya sea por su índole ó por ingenio de los lectores, relevamos de cortarlos á los **subscriptores que efectúen el pago por trimestres anticipados**, sin que sea preciso que se suscriban directamente. Pueden hacerse las suscripciones por medio de nuestros corresponsales, á quienes mandaremos los recibos con el sello de esta casa editorial; y en Madrid los firmará nuestro representante general don Eduardo F. de Rábago, advirtiéndole que este es requisito indispensable para aprovechar esta ventaja.*

A todos los que se suscriban desde esta fecha podremos servirles los números atrasados, y si desean solamente las páginas de nuestro folletín

Mis prisiones

Memorias de Silvio Pellico

esto último lo recibirán gratuitamente.

mi partido con resignación, sino perfecta, por lo menos tolerable. Vi que, decidido como estaba á no cometer la vil acción de comprar la impunidad á expensas de otros, mi suerte venidera no podía menos de ser un cadalso ó un largo cautiverio. No hay más que conformarse con el destino, me decía; mientras me dejen aliento, respiraré, y cuando me lo quiten, haré lo que los enfermos que tocaron su hora postrera: moriré.

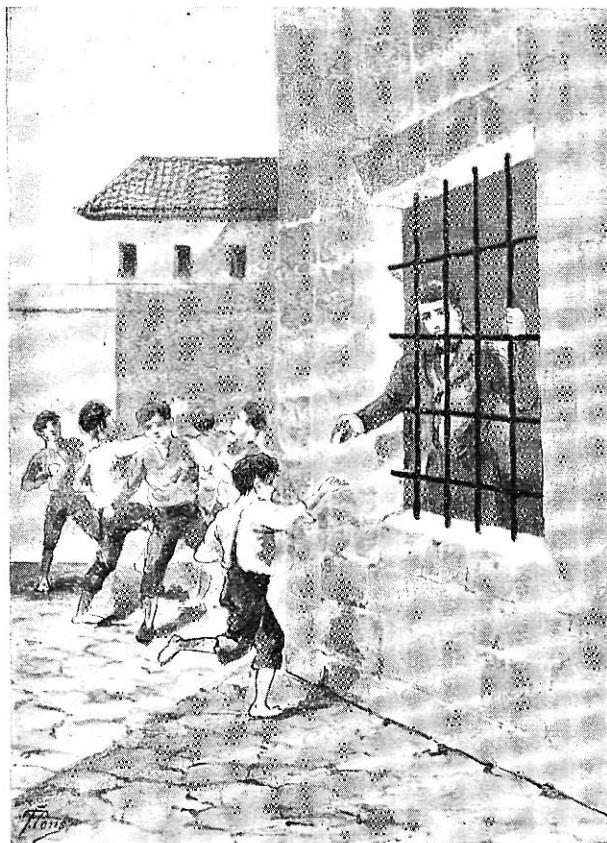
Me ayezaba á no quejarme de nada, dando al mismo tiempo á mi alma toda las fruiciones posibles, entre las cuales, la más placentera consistía en hacer la enumeración de todos los beneficios que habían endulzado mi vida. Padres excelentes, buenos hermanos, algunos amigos verdaderos, educación esmerada, amor á las letras, etc.; con semejantes prendas, ¿quién gozaría entonces la felicidad que yo? ¿Y por qué no he de tributar las más sinceras gracias al Supremo Hacedor á pesar de estar mi felicidad en este momento turbada por el infortunio? Otras veces solía enternecerme y llorar al hacer esta enumeración; pero pronto venían en mi auxilio el valor y la alegría.

Desde los primeros días de mi cautiverio había adquirido un amigo. No el llavero, ni un *secondino*, ni tampoco ninguno de los que intervenían en mi causa; y no obstante, hablo de una criatura humana. ¿Quién era, pues? Un niño de cinco á seis años, sordomudo de nacimiento, sobre cuyos padres por haber sido malhechores había caído todo el peso de la ley. El gobierno mantenía al desgraciado huerfanito juntamente con otros infelices de su clase. Ocupaban todos ellos un cuarto enfrente del mío; á ciertas horas se abría su puerta y salían al patio á tomar el aire.

El sordomudo se acercaba á mi ventana, se sonreía y gesticulaba; yo le alargaba un pedazo de pan, que él recibía alborozado y alegre; dirigíase luego á sus compañeros, daba á cada uno un poco, y venía después á comer su corta ración debajo de mi ventana, manifestándome su agradecimiento con un expresivo movimiento de sus hermosos ojos.

Los demás muchachos me miraban de lejos, pero nunca se

atrevieron á aproximarse á mí. El sordomudo me mostraba una gran simpatía; simpatía desinteresada. Algunas veces, no sabiendo qué hacer del pan que yo le echaba, me explicaba por señas que tanto él como sus compañeros habían comido bien y no podían tomar más alimento; y cuando veía aproximarse á mi



cuarto algún *secondino* le daba el pan para que me lo devolviese. Aunque entonces no esperaba nada de mí, seguía triscando y brincando debajo de mi reja con una gracia indecible y pareciendo cifrar toda su ventura en que yo le viese.

Una vez le permitió un *secondino* entrar en mi cuarto; apenas hubo entrado el muchacho se arrojó á mis pies, besándolos y gritando de alegría. Toméle en mis brazos y no podría pintar el enajenamiento con que me prodigaba sus caricias. ¡Qué de amor encerraba aquella alma inocente! ¡Y cuánto no hubiera yo dado por poderle educar y librar de la abyección en que se hallaba!

Nunca supe su nombre, y aun él mismo ignoraba si lo tenía. De carácter siempre alegre, nunca le vi llorar, excepto un día que le pegó, no sé por qué, el alcaide. ¡Cosa extraña! considérase en la generalidad como un infortunio el vivir en semejantes parajes, y, á pesar de eso, aquel muchacho experimentaba allí, á

no dudarlo, tanta dicha como puede á la misma edad disfrutar el hijo de un príncipe.

Al hacerme esta reflexión me convencía de que el humor puede hacerse independiente del lugar que se ocupa. Gobernemos nuestra imaginación y nos hallaremos bien en casi todas partes. Un día pasa muy pronto y al acostarse uno por la noche, ¿qué importa que la cama esté bajo el techo que cubre lo que llaman una prisión ó bajo los artesonados de un palacio?

¡Soberbio raciocinio! Mas, ¿cómo dominar esta imaginación? Traté de hacerlo y hubo momentos en que creí lograrlo; mas en otros triunfaba cual libre tirano, y yo quedaba confundido de mi debilidad.

En medio de mi desventura, decía yo, soy feliz en tener un encierro al nivel de donde, á cuatro pasos de mí, viene ese querido niño con quien tengo tanto gusto en comunicar por señas. ¡Oh maravilla de la humana inteligencia! ¡cuántas cosas nos decimos uno á otro con la inagotable expresión de la vista y de la fisonomía! ¡cuánta gracia pone en sus movimientos cuando le miro sonriente! ¡y cómo los corrige si nota que me disgustan! ¡cómo comprende que le quiero cuando acaricia ú obsequia á alguno de sus amiguitos! Nadie podrá imaginárselo, y, sin embargo, de pie en esta ventana, puedo ser una especie de preceptor para esa pobre criatura. A fuerza de repetir el mutuo ejercicio de señas, no tardaremos mucho en perfeccionar el medio de comunicarnos nuestras ideas. Cuanto más conozca él que su alma se ensancha y ennoblece conmigo, más afecto me profesará. Seré para él el genio de la razón y de la bondad: aprenderá á confiarme sus goces, sus penas, sus deseos; y yo, por mi parte, aprenderé á consolarle, hacerle mejor y dirigir su conducta.

¿Quién sabe si haciéndose mi suerte de día en día más indecisa envejeceré yo en este encierro? ¿Quién sabe si veré crecer ese niño y ser destinado al servicio de esta casa? Con las buenas

disposiciones que manifiesta, ¿qué podrá llegar á ser? ¡Ay! sólo podrá ser un buen *secondino* ó cosa semejante. Pues bien; ¿dejaré yo de haber hecho una buena obra inculcándole el deseo de complacer á los hombres de bien, de complacerse á sí mismo, y adquirir la costumbre de benévolo sentimientos?

Este pequeño monólogo era en mí muy natural, pues siempre profesé tierno amor á los niños, y la misión de preceptor fué para mí la ocupación más sublime. Habíame dedicado hacía algunos años á dirigir la educación de Giacomo y Giulio Porro, dotados ambos de gran disposición, niños á quienes amaba y amaré siempre cual si fuesen hijos míos.

Testigo es Dios de cuántas veces me acordaba de ellos en la cárcel, cuántas lágrimas vertí por no poder terminar su educación, y con qué ardientes votos pedía al Sér Supremo les diese un maestro que me igualase en el afecto que les profesaba.

Alguna que otra vez exclamaba yo: ¡Qué tosca parodia! En lugar de Giacomo y Giulio, jóvenes dotados con las más brillantes prendas que la naturaleza y la fortuna pueden conceder, me da la suerte por alumno á un pobre niño sordomudo, andrajoso, el hijo de un malhechor... cuyo mejor porvenir es el de llegar á ser un *secondino*, ó en términos más selectos, un esbirro.

Estas reflexiones me confundían y desanimaban. Mas apenas escuchaba los agudos gritos de mi mudito, sentía latir mi corazón como el padre que oye la voz de su hijo. Y sus gritos, juntamente con la presencia del que los producía, bastaban para alejar de mí toda idea de menosprecio respecto de él. ¿Qué culpa tiene el desgraciado si sus carnes están medio cubiertas de andrajos, si sus órganos están incompletos ó si pertenece á una raza de ladrones? Un alma racional, en la edad de la inocencia es siempre digna de respeto. Esta reflexión me conducía á mirarle cada día con mayor ternura y me parecía verle crecer en inteligencia, afirmándome más y más en la dulce idea de dedicarme al ennoblecimiento de su alma; y recorriendo en mi imaginación todo lo que pudiese suceder, me imaginaba que acaso llegaría el día en que, recobrando yo mi libertad, pusiese á

Aventuras de Allan Quatermain

Traducción de Andrés Rivera

(Continuación)

Nosotros no vimos rastro de ellos.

Por fin vino el alba, brillando sobre el agua envuelta en jirones de fantástica niebla, y con la luz del día cesó la lluvia. A poco salió el sol, que disipó la niebla y calentó el aire frío.

Entumecidos y exhaustos nos pusimos en pie, y, bendiciéndolo, fuimos á colocarnos bajo sus brillantes rayos.

Entonces comprendí bien que los hombres primitivos se hicieran adoradores del sol, especialmente si sus condiciones de vida los obligaban á permanecer al aire libre.

Hora y media más tarde marchábamos otra vez río arriba con el auxilio de un buen viento.

Nuestra alegría había vuelto con la luz del sol y estábamos prestos para reirnos de las dificultades y peligros que la víspera nos agobiaban.

Así continuamos alegremente hasta cerca de las once.

Cuando estábamos pensando en desembarcar, como acostumbrábamos, para descansar y ver de cazar algo que comer, al dar vuelta á un recodo del río se nos presentó á la vista una casa europea, espléndidamente situada sobre una colina y rodeada por un muro de piedra, á cuyo pie se abría un hondo foso.

Enfrente, esparciendo su sombra sobre la casa, se levantaba un enorme pino, cuya cima había visto con mi anteojo durante los dos últimos días, pero sin saber, naturalmente, que marcaba el sitio donde estaba la casa de la misión.

Fuí el primero en verla y no pude contener un grito de alegría que imitaron todos los demás, incluso los indígenas.

Ya no pensamos en desembarcar.

Seguimos bogando, porque desgraciadamente, aunque la casa parecía estar muy cerca, el camino por el río se alargaba mucho, hasta que, al fin, á la una de la tarde nos encontramos al pie de la eminencia donde se levantaba el espléndido edificio.

Dirigimos las canoas á la orilla, desembarcamos y estábamos ocupados en atracarlas á la playa cuando percibimos bajo la sombra de los árboles tres figuras vestidas á la moda inglesa, que bajaban apresuradamente á nuestro encuentro.

—Un caballero, una señora y una niña,—exclamó Good después de examinar el trío al través de su monóculo,—paseando como la gente blanca, por un jardín como los de los pueblos civilizados, para encontrarnos en este lugar. ¡Que me ahorquen si no es lo más curioso que he visto en mi vida!

Good tenía razón; ciertamente esto resultaba extraño y fuera de lugar; más bien parecía sueño ó una escena de ópera italiana que un hecho real y tangible, y este sentimiento subió de punto cuando oímos que se nos hablaba en claro y buen escocés.

—¿Cómo estáis señores?—dijo el que después supimos era Mr. Mackenzie, un hombre

de cabello entrecano, rostro bondadoso y rojas mejillas.—Mis indígenas me dijeron hace una hora que habían visto dos canoas que navegaban río arriba con algunos hombres blancos, y nosotros hemos bajado á ofrecerlos nuestros servicios.

—Permitidme deciros,—agregó la señora con una exquisita finura,—que nos alegramos infinito de ver rostros blancos por este lugar.

Nos quitamos los sombreros cortésmente y procedimos á presentarnos nosotros mismos.

—Vamos,—dijo Mackenzie,—debéis estar fatigados y con hambre; por lo tanto, entrad, caballeros, entrad y estad seguros del placer que nos causáis con vuestra visita. El último blanco que nos ha visitado es Alfonso, ya veréis á Alfonso, y de esto hace ya un año.

Mientras tanto subíamos el declive de la colina cuya parte baja estaba cercada por copudos membrillos y paredes de piedra roja; jardines llenos á la sazón de sembrados de trigo indio, calabazas, patatas, etc.

En los ángulos de estos inmensos jardines se levantaban grupos de limpias cabañas, formadas con hongos, y en las que vivían los indígenas de la misión de Mr. Mackenzie, cuyas mujeres y niños salían atropelladamente á medida que avanzábamos.

El camino seguido por nosotros se extendía por el centro de los jardines, y lo bordeaba una hilera de naranjos que alcanzaban grandes proporciones y se encontraban literalmente cargados de fruta, gracias al delicioso clima de las tierras altas en las estribaciones del monte Kenia, cuya base está cerca de 5.000 pies sobre el nivel de la costa.

Después de subir una pendiente como de un cuarto de milla, llegamos á una espléndida cerca de membrillos, cubiertos también de frutos, que encerraba, según nos dijo Mr. Mackenzie, un espacio de cuatro acres de terreno que contenían su jardín, casa, iglesia y edificios exteriores, que ocupaban toda la cumbre de la colina.

¡Qué hermoso era aquello!

Siempre he sido aficionado á los buenos jardines y me llenó de gozo ver el de Mr. Mackenzie.

Hermosas flores, hileras sobre hileras de árboles frutales todos injertados, porque en la cumbre de esta colina el clima es tan benigno que casi todos los vegetales de Inglaterra, árboles y flores, crecen y se reproducen de una manera asombrosa, aun incluyendo varias especies de manzanos, que, por lo general, en los climas cálidos se transforman en madera y dejan de dar fruto. Había allí también fresas, melones, pepinos, y, en suma, toda clase de legumbres y frutas.

—Veo que tenéis un hermoso jardín,—le dije en el colmo de la admiración.

—Sí,—respondió el misionero;—un jardín que ha pagado con usura mi trabajo; pero es al clima á quien se lo debo. Si se entierra aquí

una semilla de durazno en el suelo, fructifica á los cuatro años, y un retoño de rosál florece al siguiente. Este es un clima delicioso.

Llegamos á un foso de diez pies de ancho y lleno de agua, al otro lado del cual se levantaba una alta muralla de piedra, en la cual, y á unos ocho pies de altura, se veían muchos pequeños agujeros como si fueran aspilleras. Agudos trozos de pedernal puestos entre la mezcla y sobre el caballete, defendían el asalto de la muralla.

—Allí está mi gran trabajo,—dijo Mr. Mackenzie señalando el foso y el muro;—esto, y la iglesia que está al otro lado de la casa. Con veinte indígenas he empleado dos años en cavar el foso y construir el muro, y no me consideré seguro hasta que lo terminé. Ahora puedo desafiar á todos los salvajes de África, porque la fuente que alimenta el foso está á este lado de la muralla y mana en todo tiempo en la cumbre de la colina, y guardo siempre en la casa un repuesto de provisiones para cuatro meses.

Cruzando el foso sobre un tablón apoyado en ambas orillas, entramos por una ancha brecha practicada en el muro á lo que la señora Mackenzie llamaba sus dominios, al precioso jardín cuya hermosura me es imposible describir, pues no creo haber visto jamás tal profusión de rosas, gardenias y camelias, todas producidas por semillas ó retoños enviados de Inglaterra. Había también un espacio dedicado á las raíces bulbosas recogidas en los alrededores del país por miss Flosie, la hija de Mr. Mackenzie, algunas de las cuales eran de una raza y hermosura infinitas.

En el centro de este jardín, exactamente frente á la galería, manaba del suelo una hermosa fuente de agua límpida que caía dentro de una pila de piedra cuidadosamente construida; el agua que se escapaba por sus bordes era conducida al foso por una atarjea, y se utilizaba desde allí cuando era preciso regar los jardines de abajo.

La casa, fabricada sólidamente, era de un solo piso, techada con grandes baldosas y tenía en el frente una preciosa galería. Construida la fuerte vivienda sobre los tres lados de un cuadrado, habíase destinado el cuarto para las cocinas que estaban independientes. Distribución muy acertada en un país cálido.

En el centro de este cuadrado se levantaba el objeto más notable que vi en este lugar encantador: un árbol gigantesco de la tribu de las coníferas, de los cuales crecen libremente al-

gunas variedades en las tierras altas de esta parte del Africa.

Este hermoso ejemplar, que, según me dijo Mr. Mackenzie, servía de señal en cincuenta millas á la redonda y que nosotros habíamos visto en las últimas cuarenta millas de nuestro viaje, tenía trescientos pies de altura, midiendo el tronco diez y seis pies de diámetro á una yarda (1) del suelo. Hasta la altura de setenta pies se levantaba como un hermoso pilar completamente liso, pero desde allí las enormes ramas verdes que miradas desde abajo tenían la apariencia de gigantescos helechos, salían horizontalmente del tronco, extendiéndose sobre la casa y el jardín á los que suministraban grata sombra, sin que por su elevación impidiesen el paso á la luz y al aire en ningún momento.

—¡Qué hermoso árbol!
—exclamó sir Enrique.

—Sí, tenéis razón: es un árbol hermoso. No hay otro en todo el país,—respondió mister Mackenzie,—y constituye mi observatorio. Como veis, he fijado una escala de cuerda á la rama más baja, y con ayuda de mi anteojo domino

desde allí cuanto se encuentra á quince millas de distancia. Pero debéis tener hambre, y estoy seguro de que la comida está ya dispuesta. Entrad, amigos míos, este es un lugar tosco, pero bastante aceptable para estas tierras de salvajes. Además,—añadió,—ardo en deseos de que conozcáis á mi cocinero francés;—y nos mostró el camino sobre la galería.

¿Un cocinero francés? ¿Qué significaba aquello?

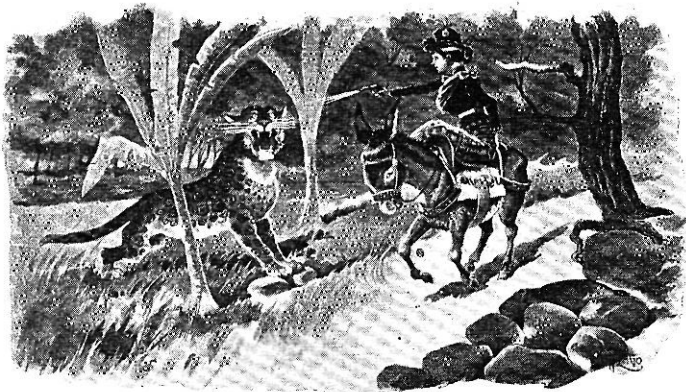
Seguímosle intrigados por la mayor curiosidad, cuando de repente apareció en una de las puertas que se abrían sobre la galería, un hombre pequeño, vivaracho, vestido con un limpio traje de algodón azul, calzando zapatos de piel curtida. Aquel hombrecillo era notable por su aire diligente y sobre todo por unos enormes bigotazos negros que formaban curva hacia arriba y cuyas guías terminaban en punta, como un par de cuernos de búfalo.

—Madama me manda avisar que la comida está servida,—dijo al vernos.—Mesieurs, mis cumplimientos,—y como al inclinarse hasta el suelo, en una ridícula y afectada circunflexión, percibiera repentinamente á Pico Duro, que iba detrás de nosotros, jugando con su hacha de batalla, levantó las manos en señal de asombro.

—¡Ah! mais quel homme,—exclamó en su

(1) Medida inglesa equivalente á 31 centímetros.

(Continuará)



— Una vez maté un leopardo,—dijo miss Flosie...

JUANA D'ARC

CUANDO estaba planteado el problema de si la Francia volvería á ser un reino independiente, ó quedaría relegada á ser una provincia inglesa, pues Bedford avanzaba de victoria en victoria, gracias á la guerra civil alimentada por Bernardo de Armagnac con sus bandidos y el duque de Borgoña, Juan sin Miedo, con sus feroces desolladores ó brabanzones; cuando

Bedford con su ejército amenaza á Orleans, último baluarte de la nacionalidad francesa, y Carlos VII huye de derrota en derrota, y es apellidado irrisoriamente «rey de Bourges», se presenta á éste una doncella llamada Juana d'Arc, y le dice: «Señor, Dios me envía en vuestro auxilio. Dadme fuerza armada y haré levantar el sitio de Orleans y os acompañaré á Reims para que seáis ungido, porque vos sois el legítimo rey de los franceses y no Enrique VI, á quien han proclamado en Londres y en París usurpándoos el trono».

Risa causó á Carlos VII y á los pocos cortesanos que le seguían, la seguridad y firmeza con que habló aquella niña que apenas contaba diez y ocho años, y á quien sólo por curiosidad había consentido en recibir el rey.

Pero tal expresión de verdad tenían sus palabras, tal fe demostraba, con tal seguridad se dirigió al rey que, disfrazado, se había confundido entre sus cortesanos, de tal manera le habló, á pesar de decirle que se equivocaba, que Carlos VII, con la seguridad que tenía de no haber sido visto antes por la inocente niña, adquirió repentinamente la convicción de que había en todo aquello algo de sobrenatural.

Y acabó de afirmarle en esa creencia cuando, al presentar á Juana una brillante armadura y una preciosa espada, rehusó ésta y pidió al

rey le dieran el montante de un caballero que yacía en el sepulcro del altar mayor de Santa Catalina de Fierbois.

Sólo el rey conocía ese depósito, y quedóse asombrado con lo que acababa de oír.

Concedióle aquella espada, y armada de punta en blanco, tremolando al aire su oriflama y manejando un corcel como el más hábil jinete,

partió para Blois, saluada por los más ardientes vótores de entusiasmo.

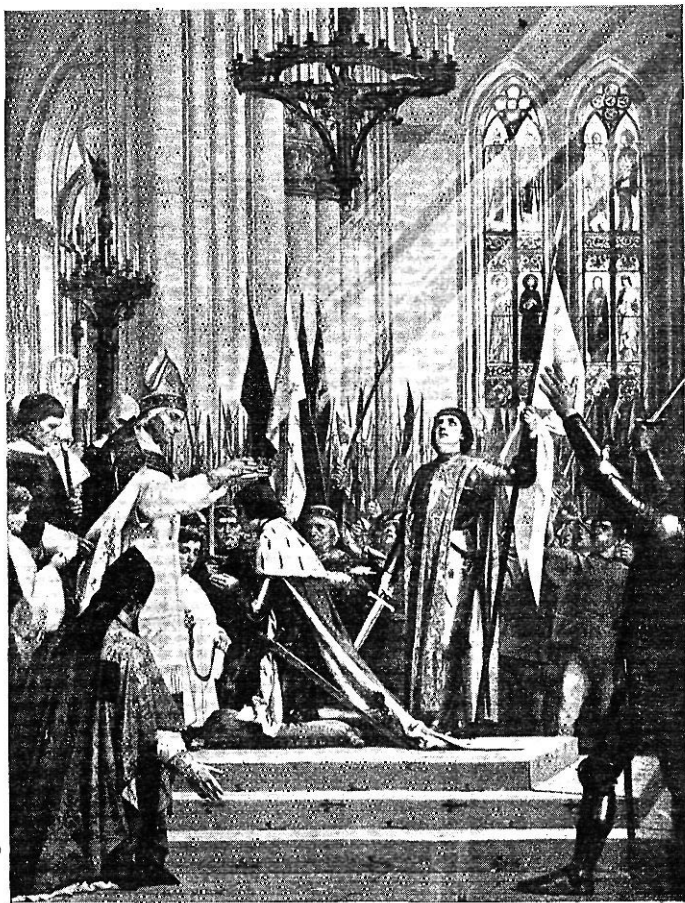
Hizo levantar el sitio de Orleans, consumiendo mil proezas para arrojar á los ingleses de sus posiciones, logrando, al fin, entrar victoriosa en medio de las aclamaciones de los sitiados, que se hallaban en el último extremo de desesperación; y como al clavar Juana d'Arc por su propia mano el estandarte francés en la más fuerte de las posiciones que habían ocupado los ingleses, se sintiese herida por una flecha en la espalda, dijo: «Mecostará un poco

de sangre, pero esos desdichados no escapan de la mano de Dios;» y prosiguió batallando hasta alcanzar un triunfo completo.

Voló en seguida á Reims, y allí dispuso la consagración de Carlos VII, presidiendo ella misma la ceremonia en su traje de guerrero y con un estandarte en la mano.

Terminada la ceremonia, púsose de hinojos ante el rey, y derramando lágrimas de gozo y de ternura, exclamó: «Queda cumplida la voluntad de Dios, ¡oh, ilustre rey! pues por su mandato he hecho cuanto he hecho en vuestro servicio. Permitidme ahora retirarme á cuidar de mis ancianos padres y apacentar mis ganados».

Pero el rey no quiso acceder á esa súplica que repitió Juana con brioso empeño, y recom-



pensó sus servicios ennobleciendo su linaje y dándole un escudo de armas de fondo azul con dos flores de lis, una espada plateada con empuñadura de oro y la punta en alto alardeando una corona. Cambió su apellido *d'Arc* por el de *Du-Lis*, aunque fué con el primero con el que alcanzó el martirio y la inmortalidad, por lo cual, el segundo es casi desconocido.

Siguió Juana reconquistando varias plazas, hasta que en Compiègne cayó prisionera de los ingleses, que se apoderaron de ella al verla sola en el campo, donde se había quedado protegiendo la retirada de sus gentes.

Juana d'Arc, humilde pastora nacida en Domremy en enero de 1410, murió en la hoguera después de haber devuelto su corona al ingrato Carlos VII y haber sentado sobre firme base la nacionalidad francesa, y es fama que subió al cadalso con la misma intrepidez con que escalaba los reductos ingleses.

Esta mujer extraordinaria murió mártir de su religión, de su patria y de su rey.

A. P. G.

Cáñamo, lino y algodón

EL cáñamo es una de las plantas más útiles de cuantas se ha apoderado la industria humana.

El grano llamado *cañamón*, produce un aceite secante que se emplea en la pintura y en el aluminado, y sirve también de alimento para las aves de corral; y con todo, el tallo es lo más útil, pues de él se extraen esos filamentos flexibles que se hilan y con los cuales se fabrican telas.



Cáñamo

Esa planta se siembra en la primavera y crece en tallos desiguales; de éstos, los más débiles son los machos, y, no obstante, la gente del campo los conoce por cáñamo hembra; los más vigorosos y que llevan el grano, maduran más tarde.

En el mes de Agosto, cuando el cáñamo está maduro, se arranca ó corta por cerca de las raíces y se desgrana; pero como los tallos están impregnados de una resina que haría imposible separar de ellos los filamentos, hay que someterlos á la fermentación, para lo cual se mete el cáñamo atado en haces en una balsa de agua donde se deja durante quince días, pero es preciso sacarlo á tiempo porque la demasiada fermentación perjudicaría á la hebra. Entonces se pone á secar al sol y al aire, y hay que huir del fuerte olor que despide, pues es nocivo para la salud.

Cuando el cáñamo está seco se rompe la corteza por medio de una máquina que la tritura; pero también se pueden extraer las fibras

cogiéndolas por un extremo, y entonces péñase la hilaza para separar la estopa.

Con el lino se procede absolutamente igual que con el cáñamo; pero da una hebra mucho más delgada y que sirve para fabricar telas finísimas como la batista y el encaje.



Lino

En cuanto al aceite que se extrae de las pepitas del lino, sirve también para la pintura y el aluminado. La simiente se emplea mucho en medicina con el nombre de harina de linaza.

El algodón, originario de la India Oriental, se ha aclimatado en Africa y América, y actualmente se están haciendo ensayos para aclimatarlo con profusión en España.

El fruto de esta planta está formado de una cápsula dentro de la cual se hallan mezclados la simiente y el algodón. Estas cápsulas se cosechan un poco antes de madurar, y entonces se procede á la separación del grano ó simiente.

El algodón ha abaratado de tal modo las producciones del ramo de tejidos, que hasta las familias más pobres hacen hoy uso de prendas de vestir que en la antigüedad ni aun podían usar los más poderosos, pues ni se conocía el algodón ni las máquinas con que hoy se trabaja y que tanto han abaratado los tejidos.

Entonces era sólo la rueca y los burdos telares los encargados de entretejer las fibras del lino ó del cáñamo.

En la época de Augusto se tejía una tela llamada *ratonina*, de la que dice Plinio que se componía de hilos tan delgados que podían competir con los de la misma araña.

Antiguamente, y no de muchos años, existía la preocupación de que el algodón era nocivo sobre todo para vendajes, y aun se creía que era mal sano si estaba simplemente en contacto con la piel; pero la experiencia y la medicina han demostrado que la única desventaja del algodón comparado con el lino es que dura mucho menos.



Algodón

En la imposibilidad de contestar particularmente, damos las gracias á cuantos nos han felicitado por nuestra publicación, así como á los señores Directores de Institutos y Escuelas de Comercio por las listas de alumnos que nos han remitido y la valiosa cooperación que ofrecen prestarnos.

Suplicamos á los alumnos de enseñanza oficial que han obtenido matrícula de honor en el pasado curso, y cuyos domicilios no se nos han facilitado en los Institutos, se dignen remitir sus retratos, para publicarlos en nuestra REVISTA, á nuestras oficinas: Rosellón, 208, Barcelona.

Los nervios

EL don Zenón que hoy nos toca en suerte, es la extrema sensibilidad física. Lo que suele llamarse un manojito de nervios.

Pulcro y atildado en el vestir, en cuanto á lo que él llama *buenas formas* tiene sacrificada á su familia con sus extremosidades.

La más pequeña mancha en su traje, la más



ligera arruga en el traje de otro, le sacan de quicio, y se revuelve en su asiento como si tuviera hormiguillo, y no para ni sosiega hasta que desaparece la causa de su excitación nerviosa.

¿Se pronuncia en su presencia la menor palabra inconveniente? Pues ya está don Zenón mordiéndose los labios y rabiando por soltarle una fresca al que se permite tamaño desahogo, así sea el lucero del alba.

Pero donde nuestro amigo resulta inaguantable es en el seno del hogar.

—¡Oye, niño!—dice á su hijo mayorcito.—¿Por qué te metes los dedos en las narices?

—¡Porque me pican, papá!

—¡Pues te aguantas! ¡Es to es una inconveniencia mayúscula! ¡Delante de gentes no se rasca nadie!

—¡Pero es que me pican! —dice el chico, saltándosele las lágrimas.

—¡Aunque se te caigan!... ¡Pues hombre!... Al que le pica algo, se va á rascarse donde nadie le vea.

El muchacho se levanta de la mesa.

—¿Adónde va usted, señorito? ¿No sabe usted que es una falta de educación levantarse de la mesa antes que los mayores?

—Pero si me pican mucho las...

—¡Siéntese usted! ¡Esto es inaguantable!

Los chicos ejecutan movimientos automáticos como las muñecas de Narbón.

Y siempre así: malo si se levantan; malo si no lo hacen; y sin dar á nadie un punto de reposo.

Y por la calle es lo mismo. Un completo desequilibrado.

La otra tarde iba recogiendo las cáscaras de naranja que un chiquillo tiraba en la acera, y recogiénolas evitaba, según decía él, el que alguien se rompiera la crisma.

Pero es que no siempre se dedica á tan inocentes y humanitarios pasatiempos.

Va por la calle llevando la derecha y se topa con uno que no la lleva, pues con la mayor frescura le dice:

—Llevo la derecha, ¿no lo ve usted?—y sigue su camino, volviéndose á mirarle.

El otro, que no se ha fijado en semejante cosa y que va preocupado en sus asuntos, lo menos que piensa y dice para sí, es:

—¡Vaya un tío cargante!

Oye des que hablan á gritos, y ya está el hombre con una tensión de nervios espantosa y echa á correr para no decirles:

—¡Así hablan sólo las gentes sin educación! ¡Aprendan ustedes á ser finos!...

La otra tarde, en plena calle y hablando con él, me desabotonó seis ó siete veces el chaleco y lo volvió á abrochar, porque no puede estarse quieto.

Va á una casa extraña y si por desgracia ve un cuadro torcido, un papel en el suelo ó algo fuera de su lugar, se despide rápidamente y se larga, porque está rabiando por hacer ó decir alguna barbaridad, impelido por los malditos nervios que no le dejan vivir.

El año pasado, y en ocasión en que, como intérprete, fué acompañando al Ayuntamiento á visitar al embajador de Marruecos para cum-



plimentarle, vió que el peludo árabe lucía en su poblada barba dos amarillentos granos de arroz, y medio garbanzo, restos del alcuzcuz y del cocido castellano que sin duda acababa de

comer. Fijarse en ello y ponerse terriblemente nervioso, fué todo uno; y sin querer no apartaba la vista de aquellas tres *inconveniencias* que esmaltaban las descomunales barbasas del diplomático morazo.

Don Zenón hacía muecas horribles.

Aquellos dos granitos de arroz tomaban á sus ojos colosales proporciones.

Y se multiplicaban en su imaginación como los panes y los peces bíblicos.

Cruzáronse discursos en un aljamiado imposible, pues no daba pie con bola y cada vez se iba poniendo más nervioso, hasta que, no pudiendo contenerse, se agarró á las barbas del diplomático marroquí, y le dió un tirón que

se llevó de cuajo un mechón de pelos, con los que salieron zumbando los dos granos de arroz y el medio garbanzo, á tiempo que decía:

—¡So cochino!

Con lo que se armó una juerga de todos los diablos.

Y el desacato no pasó á mayores, gracias á la intervención del alcalde que conocía sobradamente el temperamento de don Zenón, y explicó la cosa satisfactoriamente para el hijo del Islam.

Ya dicen cuantos le conocen que don Zenón no será nunca nada, gracias á sus famosos nervios.

WESTARD DE LA TORRE

Proverbios, locuciones y frases - El suplicio de Tántalo

DÍGAME usted, señor maestro: ¿por qué al perro que hay pintado en el cuadro que tiene don Angel, el médico, en su despacho, le llaman Tántalo?

—¡Yo también lo he visto!—dijeron á una voz los pequeños contertulios.

—¿Cómo dices?—preguntó extrañado don Buenaventura.

—Que en un cuadro de la casa del médico, hay un perro sujeto á una argolla, mirando á un cacharro lleno de comida, y dice debajo: *El suplicio de Tántalo*, y como yo ignoro por qué llaman así á ese perro...

—¡Ah, ya!... Pues mira: no es al perro al que dan ese nombre, porque ese cuadro es un símbolo.

—¿Un símbolo? ¿Y qué es un símbolo?

—Lo que por figura nos explica una cosa, y, en este caso, ese cuadro nos demuestra el tormento horrible, impuesto por Júpiter á un su hijo, llamado Tántalo; y ese suplicio es el símbolo de la desesperación que se apodera de uno cuando tiene la felicidad al alcance de la mano, va á asirla, y se le escapa.

—¿Quiere usted explicárnoslo, señor maestro?—dijo uno de los chicos.

—Sí, hijos míos, y con doble razón, cuando tal vez por desgracia tenga á alguno de vosotros que aplicársele el proverbio, andando el tiempo, en las vicisitudes de este mundo.

Los niños prestaron todos la mayor atención.

—Pues ese Tántalo fué, según la mitología greco-romana, un hijo de Júpiter, que se permitió revelar los secretos de los dioses, y por

este delito y el de servirles en un festín los miembros de su hijo Pelops, le condenaron á sufrir los tormentos del hambre y de la sed en medio de la mayor abundancia.

Por esta razón le pintan los poetas sumergido hasta la barba en un lago y amarrado á un árbol cargado de fruta; pero el agua huye cuando él quiere beber, y las ramas se levantan cuando alarga la mano para coger alguna fruta.

Y así está en el Tártaro, ó sea lo que nosotros llamamos infierno, sufriendo ese castigo por los siglos de los siglos en unión de Sisifo, Ticio, Fleugas y las Danaides, condenados también por los dioses.

La historia dice que Tántalo fué un rey de Frigia que llevó la superstición hasta el extremo de ofrecer

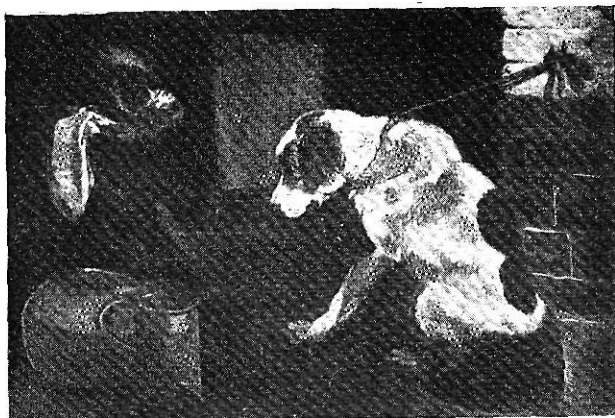
víctimas humanas á los dioses, y ese es el motivo que ha hecho fuese considerado como un impío, y que los poetas hayan imaginado el terrible suplicio que sufre en los infiernos.

Ya sabéis, pues, lo que se quiere indicar cuando se dice de cualquiera que está sufriendo el suplicio de Tántalo.

—Ahora me explico por qué el perro tira de la cadena con tal fuerza que parece que se va á ahogar.

—Por eso os he dicho que ese cuadro era un símbolo, como lo son también *los trabajos de Sisifo y el tonel de las Danaides*; frases que se usan con mucha frecuencia, y que os explicaré otro día, para que conozcáis su sentido cuando las veáis usadas en libros ó periódicos.

A. P.



CUANDO se busca el interés de un capital al 6 por 100, cuyo número de días sea divisible por 6 sin fracciones en el cociente, se puede multiplicar el capital por la cifra obtenida en el cociente, y el resultado de la multiplicación será el interés buscado.

Por ejemplo: ¿Queremos saber el interés que han producido 856 pesetas al 6 por 100 durante 54 días? Pues diremos: 54 (que son los días), dividido por 6, tocan á 9; luego debemos multiplicar el capital por la cifra 9:

$$\begin{array}{r} 856 \text{ pesetas} \\ \times 9 \\ \hline \end{array}$$

y hallamos que 7,704 es el interés que ha producido ese capital en 54 días, al 6 por 100 de interés, ó sea 7 pesetas 70 céntimos.

Lo mismo sucede y puede hacerse con el 4 por 100, siempre que el número de días sea divisible por 9.

Curiosidades.—Para cortar en redondo un vaso ó los restos de una botella cuyo cuello se haya roto, basta con llenarla de aceite de olivas hasta la medida que se quiera conservar, y sumergir en el líquido una varilla de hierro calentada al rojo cereza ó al rojo blanco. Entonces, y al contacto del fuego, la botella se corta perfectamente al nivel del líquido.

Nº 19,543

A pesar de no ser partidarios del juego nacional llamado Lotería, no hemos encontrado otro medio que el de combinar los números de estos cupones con el que logre el primer premio en el sorteo del día 31 del corriente Enero, á fin de hacer regalos en metálico á nuestros lectores.

En su consecuencia, cuantos posean un ejemplar de JUVENTUD ILUSTRADA cuyo cupón tenga igual número que el del billete favorecido en dicho sorteo con el premio mayor,

recibirán 125 pesetas

á la presentación del NÚMERO COMPLETO de nuestro semanario. Caduca á los seis meses.

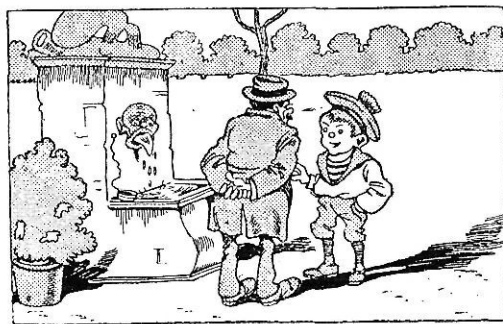
PRECIOS DE SUBSCRIPCION

Un año, 10 pesetas — 6 meses, 5 pesetas
3 meses, 2,50 pesetas — Pago anticipado.

Precocidad - Historieta, por Mario



—Se me ocurre una idea para divertirme.



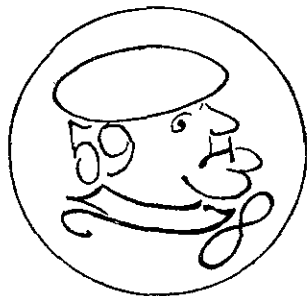
—Caballero, no sale agua de la fuente, y quisiera beber...
—¡Caramba... Pues es verdad!



—¡Toma! Pero si han metido un pañuelo en...



—¡Aaay...! ¡El Niágara!



Solución remitida por doña Claudia Tubilla, de Barcelona, a quien se ha adjudicado el primer premio, consistente en un riquísimo juego de café.

Segundo premio: don Mariano Barrenachea, de Barcelona. Y los restantes, don Juan Valls y don Julián Mestre, de Barcelona; doña Francisca Malo, de San Gervasio; don Amadeo Zamí, de Gracia; doña Margarita A. C., de Barcelona; don Julio Blas, don Jose Carbonel y don Elias Barceló, de San Feliu de Guixols; don Rafael Campeny, de Tarragona; don Ramón Gil González, de La Línea de la Concepción; don Bernabé Calles, de Madrid; doña Enriqueta Carot y don Antonio Calvo, de Jaén; don Santiago A. Soler, de Barcelona; don Antonio García, de Málaga; don Henri Negre, de Barcelona; don Pedro Jimen, de Zaragoza; don Salvador Escolano, de Valencia; don Antero Samaniego, de Valladolid; don Jaime Ros Puig y don Antonio Font, de Barcelona; don Justo Tolosana, de Zaragoza; don F. Comas Guilleumas, de Tarrasa; don Antonio Lloret, de Badalona; don Joaquín Andrés de Cádiz; don Roberto Alonso, de Tànger; doña Pilar Gallemí, don Andrés Rovira y don Justo Atomar, de Barcelona; don Eliseo Meifrén y don Robustiano López, de Burgos; don José Armengol, doña Enriqueta Palmerola y don Justo Olivares, de Pamplona; doña Filomena García, don Dionisio Marín, don Alfredo Oliver y don Mariano Torres, de Barcelona; don Aniceto Olovarri, de Lugo; don Santiago Barrero y doña Engracia Guillot, de Logroño; don Francisco Rovira, de San Martín; don Policarpo Buendía, de Teruel; don Federico Giamet, don J. M.^a Benavente, don Pelayo Miguel B. y don Ricardo Allué, de Barcelona; don Jorge Subirats, de San Gervasio.

Nuestro Regalo de 500 pesetas mensuales

Con opción a uno de los premios de 125 pesetas se ha presentado con un ejemplar numerado con el **6.637**, número al que le correspondió el primer premio en el sorteo de la *Lotería Nacional* del 30 de Diciembre último, don Francisco Saura, de Barcelona, a quien hemos satisfecho dicha cantidad.

Rogamos a don Francisco Torrens se sirva pasar por nuestra Redacción, de once a una (los días laborables), para aclarar algún concepto sobre el artículo que nos ha remitido.

CONCURSO CON PREMIOS

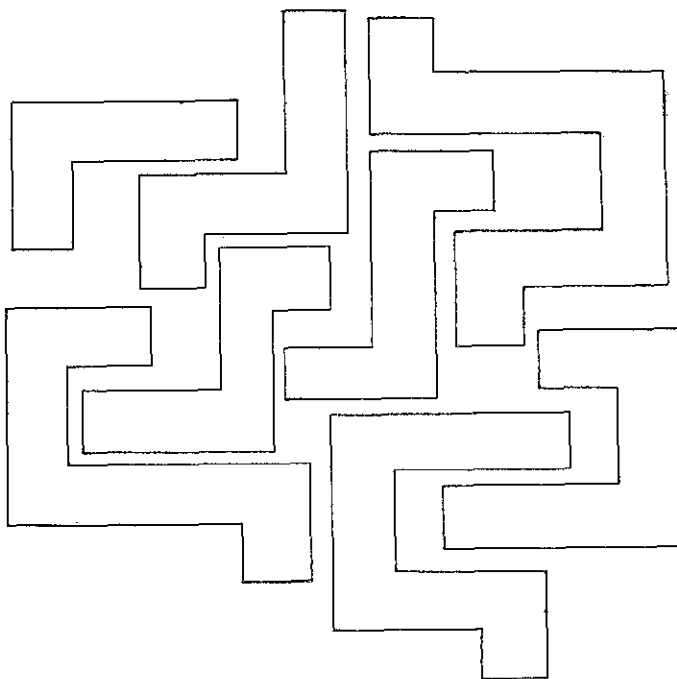
CONSTRUCCIÓN

Fórmese con esas piezas una cruz de una orden religiosa.

Se adjudicarán 50 premios, consistentes:

- 1.º Dos argollas de plata para servilletas.
- 2.º Una linterna mágica.
- 24 portamonedas de piel.
- 24 cadenas de reloj.

Las soluciones se recibirán hasta las ocho de la noche del día 10 de febrero próximo, debiendo venir bajo sobre, especificando con toda claridad el nombre y domicilio del interesado.



Costa-Rica

NO os voy á hablar de ningún país grande. Os diré algo, muy poco, de un rinconcito del mundo donde no hay que buscar envidias hacia los poderosos.

La república de Costa-Rica, que es una de las cinco centro-americanas, está situada entre los 8º y 11º 16', latitud Norte y los 81º 35' y 85º 39', longitud Oeste, meridiano de Greenwich.

Tiene por vecinos al NO. la república de Nicaragua; al SE. la de Panamá; al NE. el mar Caribe, y al O. y SO. el Oceano Pacifico.

Su superficie es de 54,070 kilómetros cuadrados, una décima parte aproximadamente del territorio peninsular de España; y sus costas en el Atlántico y Pacifico alcanzan una extensión de 334 y 445 kilómetros respectivamente. Y como noticias físico-geográficas contentaos con las expuestas, pues no tengo espacio para más expansiones de esta clase.

En el año 1801, tenía Costa-Rica 52,591 habitantes. En 1864, aquella cifra ascendió á 120,499; en 1875, eran ya 156,634; en 1900, 303,762, y el último censo (1904), arrojó un total de población de 331,844, lo que quiere decir, que en poco más de un siglo los habitantes de Costa-Rica se han septuplicado, aumento que por lo poco imitado no deja de ser muy decente y de innegable clo-

uencia como significativo del progreso de un país.

Si os gusta el oro, y creo que á pesar de su *vileza*, sí debe gustaros, allá lo hallaréis; y no me refiero al que existe en las profundidades de las minas que no escasean, sino que aludo al acuñado y que podéis ver y tener, si sabéis ganarlo, en monedas de dos, cinco, diez y veinte colones, advirtiéndos que el colón vale casi exactamente la mitad de ese dollar americano tan reverenciado por su abundancia y gracias al cual los Estados Unidos son lo que son.

Podéis ir á Costa-Rica por muchas partes, pero la más cómoda es desde Barcelona y sin trasbordo pasando antes por Málaga, Cádiz, Canarias, Puerto Rico y Habana, *dejándoos luego el vapor en Puerto Limón*, población pintoresca, limpia y muy bonita en la que tomáis el tren que, en seis horas y media, recorriendo un trayecto admirable por sus bellezas naturales, os llevará á San José, capital de la República. Ya en ella, hallaréis cultura, comodidades, trabajo si lo queréis y buscáis; una hospitalidad absolutamente fraternal, y además, en otro orden de cosas, un magnífico teatro nacional, otro recientemente reedificado, cómodo y elegante; tranvía eléctrico, centros de recreos y expansión, buenos hoteles, tiendas y almacenes, orden, paz, y un movimiento comercial que no esperabais hallar en una ciudad apenas de 30,000 almas.

Si queréis trasladaros á las Costas del Pacifico, porque á ellas os llamen vuestro gusto ó vuestros negocios, en San José podéis tomar el tren que allí os conducirá, dejándoos en Puntarenas, puerto de la República en aquel mar.

A una hora de San José, están las ciudades de Cartago y Alajuela, y antes de llegar á ésta, Heredia, capitales de sus respectivas provincias. El viaje lo podéis hacer cómodamente en ferrocarril.

En toda la República, pero especialmente en San José, oiréis hablar, además del castellano que es el idioma nacional, catalán, inglés, francés, italiano, alemán, y hasta chino, que de todos esos países y muchos más hay numerosa representación, siendo los últimos los chinos, los que cuidarán del lavado y planchado de vuestra ropa.

Si os queréis dedicar á la agricultura, no os faltarán terrenos para ello; si al comercio, campo hallaréis en qué practicarlo; si á vuestra profesión, caso de que la tengáis, no tropezaréis con dificultades, y tened por seguro que en el costarricense habéis de encontrar más que un amigo, un hermano. Preguntádselo á los tres ó cuatro mil compatriotas vuestros que por allá viven desde la más modesta á la más elevada esfera, pues lo mismo os puede llamar paisano el humilde obrero ó el pobre vendedor ambulante, que los Presidentes y Directores de los dos Bancos de emisión que existen para facilitarlos las relaciones comerciales con todo el mundo.

Si vuestros hijos ó vosotros mismos queréis instruirlos, fácil ha de seros, pues la instrucción pública, además de perfectamente atendida, se difunde por toda la nación gratuitamente y no hallaréis lugar sin su escuela.

Cuanto á bellezas naturales, todas las que habréis oído contar y acaso conozcáis de los países tropicales. La temperatura cálida en las costas; templada en el interior. La media anual es en San José de 21º centígrados.

Organización política, la de una república unitaria constitucional y representativa. La administración pública divide la nación en cinco provincias y dos comarcas. Las provincias: San José, Cartago, Heredia, Alajuela y Guanacaste; las comarcas, Puntarenas y Limón.

Carácter de los costarricenses: honrado, laborioso y completamente refractario, por instinto y por reflexión, á todo lo que sea revuelta ó asonada. Respeto á la ley, amor á la tierra y absoluta libertad, siempre que su uso no implique el trastorno del orden público.

El Presidente de la República y sus ministros asequibles á cuantos deseen visitarlos, hablarlos ó consultarlos.

Ya os dije que es un país pequeño. Tal vez por eso, libre de ambiciones perniciosas y no soñando con grandezas ridículas, se puede hablar de él como yo os hablo.

CÉSAR NIETO.



LIC. DON ASCENSIÓN ESQUIVEL
Presidente de la República

REPÚBLICA DE COSTA RICA

